

# El rescate

por Marcos Nocete "Saruman"

Tercer Puesto, Premios Gandalf 2003



SOCIEDAD TOLKIEN ESPAÑOLA



21 de nínuí de 1975

Apenas ha terminado de amanecer me he asomado al puerto desde la balconada. He visto algunas gaviotas planear y posarse sobre los pantalanes de madera, perezosas y en silencio. Pero a pesar del majestuoso amanecer, mi mirada no ha podido apartarse más que unos segundos del barco abarloado, orgulloso entre otras naves, las blancas y grises que presagian el partir definitivo. Su madera, calafateada y encerada, reluce y parece desprender una tibieza agradable, incluso a esta distancia. Antes de partir ya me siento hermanado con ella, con sus aparejos recién dispuestos y con su mascarón altivo, tallado como un ave. Han bastado unos pocos días, escasos en nuestras vidas, para que contemple con la mayor admiración que pueda caber en el corazón de un navegante esta obra de arte. La *Earilma* es una nave especial; tiene dos palos que sostienen, en vez de las clásicas velas cuadradas, dos de las llamadas "sureñas", por ser de uso en Belfalas, triangulares y blancas. Por proa sobresale un bauprés capaz de aparejar otra vela, esta sí cuadrada, de las que se llaman "cebaderas". Sobre el palo mayor se sostiene una pequeña cofa redonda, y el timón, de una sola pala sujeta a un eje, será la envidia de otros navíos. Paseo una vez más la vista por su costado, deteniéndome en cada uno de sus noventa y cuatro pies de eslora, buscando detalles en sutiles tallas ornamentales con las que algunos, y pese a la prisa, no han podido evitar decorar sus bordas. Este barco es, sin lugar a dudas, uno de los objetos más hermosos de esta tierra.

He debido permanecer un rato absorto de esta manera y no he notado la llegada de Círdan que, con gesto serio, ha entrado en la sala donde me perdía en mis ensoñaciones. Ha venido a desearme suerte y entregarme algo especial: unas cartas de navegación y unos mapas de la costa nuevos, más detallados que mis viejos pergaminos, sobre los que tantos rumbos he trazado y mucho he aprendido. Conozco la importancia de mi misión, por supuesto, y que no será fácil. Pero he pensado en las estrellas, en Eärendil, y nada puede turbar mi optimismo. Lo cierto es que hasta hace una semana apenas conocía al señor de los Puertos. Por eso, cuando inesperadamente me llamó para preguntarme si me veía capaz del viaje me sentí turbado. Incluso ahora, después de trabajar sobre las cartas y de recibir sus consejos, después de muchas horas de equipar juntos la nave recién construida mientras él pedía todavía detalles a sus carpinteros, no puedo evitar la sensación de sabiduría que transmite en todo momento.

Conforme el sol avance aumentará el viento, así que hemos descendido hasta el muelle, pues ha querido despedirse también en persona de la tripulación.

Antes de subir por la tabla me ha abrazado y deseado suerte una vez más. Entiendo su preocupación, pero los vientos parecen favorables y es poco probable que rolen ahora que está terminando el invierno. Al dar la orden de zarpar, y mientras sonaba la campana del alcázar de popa, he visto que había gente reunida en el puerto, mirando y saludando. Incluso algunos lo hacían desde las ventanas de sus casas. Ha sido una despedida emocionante. La brisa ha soplado suave del sudeste y la mayor se ha henchido proporcionando una moderada ceñida sin apenas problemas. La mar permanece llana, y espero que así se mantenga, por lo menos mientras permanezcamos en el golfo de Lune.

22 de nínui de 1975

Al atardecer hemos dejado Harlond por babor. De noche hubiéramos apreciado su pequeño faro. He ordenado retirar definitivamente los adornos, puesto que el viaje se hará más duro dentro de poco, y solo deben permanecer en los obenques y las jarcias aquellos elementos útiles para la navegación. Incluso sabiendo que esperaban la orden bastante antes he creído notar cierta tristeza en la marinería. Pronto el viento y el salitre les harán olvidar la partida y se encontrarán demasiado ocupados y cansados como para pensar en adornos. Pero tal vez sea mi impresión y soy yo mismo quien no deseaba retirar la alegría de los aparejos. Después de todo, me acompaña gente que ha pasado ya por muchas partidas y zarpado innumerables veces. Ni siquiera al caer la noche hemos perdido impulso. Calculo cerca de cuatro nudos por el momento. Para mañana he convocado en mi pequeña cabina a Cerveth, mi segundo, y a los otros dos pilotos. Aunque las guardias están ya organizadas me gustaría revisarlas.

23 de nínui de 1975

Ya se nota que nos aproximamos a la abertura del golfo puesto que la mar se ha comenzado a rizar y su golpeteo contra el casco es ahora bastante llamativo: en realidad es casi un rugido sordo, vibrante, un estremecerse de la madera y un silbar de las jarcias, junto con rítmicas escoradas.

He mandado mantener el velamen tal y como partimos, ya que espero ganar velocidad y, por tanto, tiempo. No olvido la misión. La *Earilma* se comporta tal y como cabría esperar; navegamos de bolina ágilmente, impulsados como pocos lo habrán hecho en mucho tiempo por estas aguas. Fue Círdan quien sugirió las velas "sureñas", aunque menos sólidas son más rápidas y no dependen tanto de la presencia de vientos favorables. Lothron, el segundo piloto, ha sugerido algunos cambios en las guardias: parece que hay gente que lleva mejor la noche, a pesar del frío. He aceptado sus sugerencias. Por lo demás, sin novedad. Nos hemos cruzado con otro barco a bastante distancia. Calculo que a unas cinco millas. Apenas se distinguía su bandera, pero han izado un saludo y hemos respondido. Por su rumbo se dirigen a los Puertos. Como el viento tiende a alejarnos de la costa he dado instrucciones para aproximarnos. Quiero bordear Forlond con el cabo a la vista. Lo he doblado más de una veintena de veces, pero me sentiría más tranquilo teniendo tierras conocidas a mano y esta es costa bastante segura; no entraña peligro de bajíos.

24 de nínui de 1975

Hemos doblado el cabo y el viento ha aumentado su fuerza, tal y como esperaba. Primero ordené tomar rizos en la mayor y la sureña del trinquete, pero pronto nos hemos visto obligados a sustituir las velas por otras de tela más resistente. También hemos notado una bajada de temperatura y algunos rociones de agua salada han saltado a cubierta. Durante unos alegres momentos hemos visto delfines. Iban hacia el sur y han pasado muy rápido. Es extraño verlos tan al norte, ciertamente, y algo en ellos ha transmitido inquietud, pero no he comentado nada.

Antes, el viento de sureste nos ayudaba, ahora es difícil luchar contra él y derivamos demasiado hacia poniente. La verdad, es justo lo que teníamos previsto en esta época del año y no ha sorprendido a nadie. He revisado todo el barco, desde la cofa a la sentina y desde el bote, que está en popa, al bauprés. Todo parece en orden. Los propios marineros aseguran los aparejos sin que haya que decírselo o recordárselo. Esta iniciativa, y otras más que observo, me llenan de orgullo y me tranquilizan, y me recuerdan que la tripulación no es precisamente primeriza.

25 de nínuí de 1975

Al comprobar nuestra posición he visto que apenas hemos avanzado tras doblar el cabo. El cambio de viento nos ha sorprendido, por lo visto, o tal vez las corrientes hayan cambiado. Pido a Ulmo que no sea así, puesto que tenemos prisa. La mar sigue rizada y ahora las guardias son duras. El salitre se pega en los labios de mala manera. He ordenado poner claramente rumbo norte y he revisado las cartas. La ruta es correcta y deberíamos estar en nuestro destino dentro de diez días a lo sumo.

26 de nínuí de 1975

Hoy, de forma inesperada, el viento ha cesado. Estamos cerca de gwaeron y es la primera vez que observo esto en esta latitud por estas fechas. Además hemos visto surgir brumas que han cubierto la tierra a nuestros ojos. No quiero que nos acerquemos más, así que seguiré la ruta trazada gracias a las cartas y al cálculo del tiempo y la velocidad. La mar sigue rizada tendiendo a marejada: es mar de fondo, sin viento, resaca del de días más agitados, y próximos en el pasado. A medio día nos hemos cruzado con un narval, criatura infrecuente. Hacía mucho que no veía ninguno, y menos en solitario, pues suelen formar pequeños grupos o parejas: su inmenso colmillo parecía saludar a nuestro paso.

Durante la noche el viento ha vuelto a levantarse y ahora acompaña perfectamente al oleaje, golpeando el casco con furia. Resulta más incómodo permanecer en la cabina o bajo las tablas que estar en cubierta. He ordenado distribuir un poco de vino, la tripulación lo agradecerá.

27 de nínuí de 1975

Cerveth me ha avisado de que uno de los barriles de agua parecía estar en mal estado. Así era, o hubiera sido en pocos días. Pero, aunque algo amarga, todavía era potable. Estos barriles son de buena factura y es muy raro que alguno eche a perder su contenido. De todas formas no sería la primera vez que ocurre; la humedad del mar afecta a la buena madera. Como hace frío no hay un consumo excesivo de agua pero me he sentido más cómodo mandándola racionar. De hecho, tal vez debí haber ordenado el racionamiento nada más salir contando con las dificultades de encontrar una cala donde anclar en busca de provisiones y lo peligroso de las tierras que pronto bordearemos, ahora probablemente habitadas por grupos de criaturas hostiles. Por lo que sé, los enanos de Ered Luin se encuentran demasiado dispuestos a permanecer en sus cavernas. La mar se ha plagado de espumosas crestas, llamadas borregos, y delata auténtica marejada. El barco cruje pero avanza. Si las normas de la

prudencia aconsejan mantener siempre una mano sujeta a algún cabo, ahora practicar esta disciplina se convierte en algo fundamental.

28 de nínui de 1975

El viento ha rolado por completo. Ahora se opone a nuestro avance desde el norte. Por tanto, hemos comenzado a trazar bordos, buscando el mínimo ángulo posible frente a él ya que no podemos navegar en su contra. El esfuerzo se nos ha vuelto constante y la pericia de nuestros pilotos está siendo puesta a prueba. He tomado la caña del timón unas horas y he comprobado lo que cuesta mantenerlo donde debe. Desde hoy habrá dos personas más permanentemente con ella. A pesar del viento la bruma que oculta tierra permanece impassible, como sólida frente a la línea de costa. Me temo que ahora no podré impedir cierto malestar en la tripulación.

29 de nínui de 1975

La mar estaba de un azul oscuro, casi negro, en contraste con el blanco de las crestas de las olas. "Estaba" es lo más exacto. Una capa de nubes altas, antes deslavazadas como es propio de las corrientes de aire frías cuando están muy altas, ha comenzado a cubrir el cielo. Esta noche, o como presagian mis propios temores, desde esta noche, será más difícil guiarse por las estrellas.

He oído a algunos invocar a Ossë, y más aún a Uinen. Aunque es normal dirigirse a los Valar en toda navegación, independientemente de su dificultad, este hecho también me ha dejado intranquilo. No creo que hayamos visto ningún mal presagio que añada desconfianza a la angustia lógica de la misión. De todas formas lo comentaré con Lothoron en cuanto éste termine su turno.

30 de nínui de 1975

Efectivamente no hay gaviotas. Pero las nubes y el viento nos las deben de estar ocultando y me ha parecido impropio de una tripulación experimentada dejarse llevar por sus propios fantasmas. He decidido tener una pequeña charla con ellos. Estado de la mar: marejada, viento racheado de nordeste, muy incómodo, pero las velas portan con eficacia.

¡Cómo echo de menos contemplar el minuiial poco antes del alba! En mares despejados, es como un misterioso apagar de velas en la lejanía, velas invulnerables a los vientos, que alguien cuida para nosotros.

1 de gwaeron de 1975

La charla ha tenido éxito. Ahora se muestran más animados. Han reconocido, en efecto, que a pesar de la aparente dureza de la travesía, por el momento no hemos encontrado nada distinto a un viaje con clima invernal. De todas formas hace tiempo que deberíamos haber pasado Tol Fuin. Quizá lo hayamos hecho y no la hemos visto con la niebla y los días grises.

2 de gwaeron de 1975

El viento se abate con fuerza sobre nosotros. He ordenado dos rizos y aparejar la cebadera de tormenta, más pequeña, y dudo si reducir aún más el velamen de trinquete y mayor. Estamos dando bordos más cortos y hoy ha amanecido escarcha sobre cubierta. Dentro del barco mantenemos algunos braseros encendidos buena parte del día, pero no quiero abusar para mantener una reserva de leña que tal vez necesitemos más adelante. No queda sino abrigarse. Rhîw, un tripulante bastante veterano, ha comenzado a quejarse de dolor de vientre y ha sido retirado de las guardias por el momento. El médico cirujano no logra encontrar las causas y parece impotente para aliviarle. Como la barrica en mal estado se terminó hace tiempo no es posible atribuir el problema al agua. He ordenado revisar las provisiones, tal vez haya algo agusanado que el cocinero no ha visto.

3 de gwaeron de 1975

Rhîw ha comenzado su recuperación, aunque aún está débil. ¿Qué mal le habrá aquejado? Salvo la sal pegada hasta en las galletas no se ha encontrado ningún alimento podrido. Eso sí, se añora todo lo fresco y recién cultivado. Ahora sí estoy convencido de que hemos superado la isla de Tol Fuin sin verla. Los pilotos y yo hemos estudiado el rumbo toda la tarde y hemos estado de acuerdo en virar al este.

4 de gwaeron de 1975

Hemos virado, en efecto, pero con muy malas consecuencias. Una driza desgastada se ha partido, cosa que no había visto nunca en un barco de los Puertos Grises. Ha golpeado a Cerveth y le ha hecho caer sobre las tablas de cubierta. Ahora tiene un brazo dislocado. Además, la driza suelta se ha enredado con otros aparejos y nos ha impedido maniobrar. A pesar de habernos aproado con una velocidad extraordinaria no hemos podido evitar desperfectos en las poleas y un lío bastante complicado en parte de la cabullería. Además hemos abatido sin rumbo unos preciosos momentos y no estoy seguro de cuánto nos habremos desviado de lo previsto. Si las nubes me permitieran ver el cielo esta noche podría calcular con cierta exactitud el tiempo que nos queda. Ya llevamos catorce días de navegación y a estas alturas esperaba estar entrando en la bahía de Forochel o, cuando menos, doblando su cabo. El retraso es, por tanto, considerable. La tripulación lo tiene que haber notado, por supuesto, pero ha debido ocultarme sus propios sentimientos. Cada día que pasa añade dificultades a nuestra misión. No solo es posible que crezca el mal tiempo tan al norte, sino que las gentes que nos esperan reducen sus posibilidades de que los encontremos. Por lo menos vivos.

5 de gwaeron de 1975

¡Mar gruesa! Sin previo aviso. Intento no pensar que, tal vez, alguna fuerza maligna se opone a nuestro avance. Me cuesta escribir en el diario de a bordo. Las olas alcanzan los diecisiete pies. Todas las velas, menos la libarda de tormenta con la que intentamos mantener cierto rumbo, han sido recogidas y amarradas. He ordenado que la gente de guardia se ate un cabo a la cintura. No sé dónde nos llevará el temporal. La madera del casco se estremece y rechina, cruje más que nunca. Las olas estallan contra nosotros y salir a cubierta supone

terminar empapado. La humedad, en todo caso, cala los huesos. Los objetos caen de sus respectivos lugares y las lámparas se balancean hasta casi ponerse horizontales. Ahora yo mismo le pido a Unien que aplaque a Ossë, si es que de Ossë depende este extraño temporal.

6 de gwaeron de 1975

El temporal ha cesado lentamente. Poco a poco, a lo largo del día, ha desaparecido la visión de las olas a punto de cubrir el barco, como montañas oscuras. Hemos resistido, y esta es una de las más gratas noticias que imaginarse puedan. El cielo permanece encapotado y plomizo, y las olas aún son grandes, pero el peligro ha pasado. Trato de averiguar dónde estamos. Si la capa de nubes se hiciera más tenue, el ángulo del escaso sol de comienzos de gwaeron nos daría alguna pista. Pero habré de confiar en otros datos. He moderado momentáneamente las guardias, pues todos necesitamos descansar; lo he hecho a costa de aumentar las mías propias y las de algunos cómplices entre los tripulantes más experimentados.

7 de gwaeron de 1975

Rumbo este, y parece que no nos hemos desviado tanto como temía. Si volvemos a ver, o a intuir de alguna manera la costa, no tendremos problema. Por fin los primeros hielos. No estábamos tan desencaminados, después de todo. Ahora hay que avanzar con cuidado, tratando de sortear los trozos más amenazadores. A pesar de lo desagradable he ordenado una guardia continua en la cofa y dos de los nuestros permanecen con bicheros largos en proa continuamente, aun de noche. Los bloques de hielo raspan el casco y algunos lo golpean incluso. No parecen causarle daños, aparte de rasponazos superficiales. Las revisiones por dentro se realizan cada hora, como mínimo, aunque siempre se echa un vistazo en cuanto tocamos alguna masa de hielo. La angustia permanece constante en nuestros corazones ya que vamos muy despacio y nuestros amigos esperan, sin duda, en malas condiciones. La mar permanece arisca, pero no hay temporal. Bendigo el buen hacer de Círdan, en otra nave jamás me hubiera atrevido a navegar por estas aguas infestadas de peligros afilados, amenazas heladas bajo la superficie que tocan las maderas y hacen vibrar hasta las cuadernas.

8 de gwaeron de 1975

Hemos visto un ave solitaria, pero no hemos podido distinguir si se trataba de una gaviota del norte o de un cormorán. La primera criatura viva, aparte de nosotros, que vemos en mucho tiempo, pues ni peces se aprecian ya por esta parte del mundo. No es, desde luego, por la frialdad de las aguas. Algo más las espanta. La mar se sigue calmando, lo que facilita encontrar y esquivar los pequeños icebergs, o apartarlos con la fuerza de los brazos, armados de varas largas. Ver el paisaje sereno, aunque brumoso en la lejanía, nos ha levantado el ánimo. Un poco de sol sería perfecto, pero somos conscientes de que ese milagro no llegará. Ahora el hielo se forma en todas partes haciendo peligrosa la cubierta. Otra actividad añadida: librarla de la capa de agua helada y deslizante. He ordenado echar algo de sal, no dura mucho, pero no puedo dejar que cada maniobra sea un peligro añadido.

9 de gwaeron de 1975

Hemos golpeado con fuerza una masa de hielo traicionera. Casi hemos quedado detenidos y el casco muestra astillas por el exterior. Yo mismo he ido a comprobar si había entrada de agua o si el tablazón muestra por dentro algún daño. Creo que no es así, afortunadamente. Con tantos fragmentos helados no es raro que estos choques ocurran. Llevamos ya casi un mes de navegación. Y diez días más de lo que auguraban mis peores expectativas. A partir de este momento el racionamiento será extremo puesto que ahora no hay excusa para no estar ya en la gran bahía. La mar se ha vuelto llana y sopla viento del noreste. Las brumas de lo que, creemos y esperamos, es la costa parecen despejarse muy despacio. Si así ocurriera, ¡qué gran noticia!

10 de gwaeron de 1975

¡Esto no puede ser sino Forochel! Las brumas en retirada nos han permitido ver cómo la costa se abre al sudeste. El aire es sereno a pesar de alguna nevada esporádica. He ordenado mantener lámparas encendidas en lo más alto del palo, en proa, en popa y en ambas amuras, y preparar los remos. Tenemos que hacernos visibles; ¿en qué parte de esta cruel tierra se encontrará Arvedui? Solo espero que nos vea cuanto antes. Desconfío de estos territorios castigados hace poco por la guerra y por el poder de Angmar, y quizá desconfío más de los elementos. Si la búsqueda nos llevara a rastrear toda esta tierra pocas oportunidades habría para la esperanza. Pero no hay ya alternativas: haré lo que esté en mi mano, y arriesgaremos nuestras vidas si es preciso para encontrar al Rey y llevarlo a los Puertos. Quieran los Valar que pueda reunirse de nuevo con sus hijos, ahora perseguidos hasta Lindon por el Rey Brujo.

11 de gwaeron de 1975

Hemos empezado a rastrear la costa, ya bastante despejada de brumas. Navegamos despacio y con los ojos y oídos alerta, aunque pocos sonidos pueden llegar hasta nosotros, pues el murmullo de la mar se lo traga todo. Nos acompañamos de los remos para reducir los bordos y mantenernos a una distancia adecuada para nuestros ojos. El esfuerzo físico es considerable.

He oído historias sobre las gentes que aquí habitan, los Lossoth, que comen carne de foca y se visten con sus pieles. No sirven a Angmar, pero viven siempre atemorizados por el terror que viene del este. En nuestro cabotar tratamos, además, de encontrar cualquier rastro humano, ya sea de campamentos o construcciones en tierra. Las agrestes playas que aparecen ante nosotros son blancas por la nieve nocturna, y el hielo forma auténticas manchas ancladas y acechantes en muchos puntos. A veces nos impresiona encontrar ríos de hielo que entran en la mar desde las montañas. Están inmóviles, y solo su forma me ha hecho llamarles ríos, pues son en realidad glaciares. Otras veces aparecen minúsculas extensiones de tierra descubierta y parda entre tanta blancura. Nada crece en ellas. Al terminar esta noche hemos visto un espectáculo sobrecogedor: una cortina difusa de luces, ondeando como un estandarte de los dioses, tapado en parte por el cielo todavía nuboso, pero visible en su brillo. Hemos quedado asombrados y enmudecidos unos minutos, hasta que las nubes nos han privado definitivamente del espectáculo. Compadezco a quienes estaban obligados a dormir en ese

momento, pues por más que nos esforzáramos en describirlo, no hay forma de acercarse con palabras a las luces que hemos contemplado. Tal vez ni los poetas puedan.

12 de gwaeron de 1975

Un repentino hedor nos ha alcanzado mientras muchos dormíamos. Hemos permanecido alerta desde entonces, en espera de esa extraña claridad que nadie osa llamar amanecer, pero que durante un rato rompe la penumbra perpetua en la que nos encontramos. Un temporal en estas condiciones sería extremadamente peligroso. Después de varias horas hemos descubierto la causa del hedor. Una colonia sorprendente de aves erguidas está establecida en este lugar. Hemos pasado cerca, tanto que hemos botado el esqui para tratar de encontrar provisiones. Los pájaros, pues pájaros son, porque tienen alas, plumas, pico y, ahora que lo podemos oír, graznan entre todos con gran alboroto, no parecen acostumbrados a las personas, pues no han huido ante nuestra presencia. He deducido que estamos aún lejos de nuestro objetivo, ya que, de conocer criaturas cazadoras, estos pájaros habrían tratado de escapar con solo vernos. Su carne es grasienta y desagradable, pero algunos huevos, no sabemos si recientes, no son malos. Necesitaríamos leña, pero en estos lares no espero encontrar ni una rama, a no ser que las corrientes hayan traído algo del sur.

13 de gwaeron de 1975

El frío se ha hecho más intenso. No creí que pudiera hacer tanto. Algunos de nosotros tenemos los dedos de las manos y de los pies rígidos. Temo el congelamiento, que produce quemaduras como si un fuego lento hubiera abrazado los miembros y los rostros de sus víctimas. Permanecemos tan abrigados como es posible. Seguimos bordeando la costa, con cuidado y paciencia. Ni rastro de humanidad por el momento. Hasta cierto punto podemos obtener algo de agua derritiendo nieve de los glaciares, pero eso obliga a una pequeña expedición que considero peligrosa debido a los cambios repentinos del tiempo y al propio hielo, así que trataré de evitarlas. Solo la necesidad o algún indicio de gente podría obligarnos a asumir el riesgo.

14 de gwaeron de 1975

A pesar del peligro permanente, hoy hemos aprovechado una pequeña expedición para traer agua y madera. No es que se hayan alejado nuestros temores anteriores, pero cerca de lo que debiera haber sido el amanecer hemos avistado unas manchas en tierra, en una formación rocosa protegida del viento y con poco hielo. Y he accedido al pequeño desembarco por si se trataba de restos de hogueras, como así ha sido. Alguien ha estado aquí, calculo que hará unas tres semanas. En la hondonada las corrientes acumulan algas y astillas, y otros objetos marinos difícilmente identificables. Sospecho que aquí fue establecido un pequeño campamento gracias a los restos de madera que la mar había ido acumulando. Por lo demás no hemos encontrado nada. Desconozco qué señales hubieran podido indicarme si se trataba de las personas que buscamos o de otro grupo perdido en estas tierras, traído al páramo desangelado quién sabe por qué circunstancias. Algunos de nuestros marineros más viejos comentan que los Lossoth no hacen hogueras, que desconocen el fuego. No estoy seguro. Cuesta creer que alguien pueda sobrevivir sin fuego, y menos aquí. De todas formas, temo aferrarme a esta idea que me traería algo de esperanza, pues si los habitantes originales de la

zona no hacen fuego, las hogueras han de ser necesariamente de Arvedui y sus compañeros. No creo que las criaturas malignas de Angmar lleguen hasta aquí, esto es demasiado duro hasta para ellos. Tal vez el Rey Brujo espera acabar con los descendientes del reino desterrándolos al sufrimiento. El viento está volviendo a subir. Una vez más viene del Este.

15 de gwaeron de 1975

El nuevo viento desprende carámbanos de las jarcias y ha provocado un oleaje molesto que viene desde tierra, como tratando de alejarnos de la orilla. Algunos bloques de hielo se desprenden y se dirigen a mar abierta arrastrados por estas olas. El viento silva en nuestros oídos y el flameo de las velas en cada maniobra se convierte en un tremular turbio, desagradable. No es normal, creo que me estoy dejando llevar por el desánimo. Pero debo seguir adelante, aunque deba explorar esta bahía por completo. Otro temor se añade ahora a los anteriores: el hielo podría cerrarse y atraparnos. No debemos, por tanto, detenernos, por tentadoras que sean las pequeñas bahías o las ensenadas aparentemente protegidas. Sé que necesitamos descanso, pero no podemos concedérselo.

16 de gwaeron de 1975

Hemos padecido una gran desgracia. Lothoron ha caído al agua durante su guardia. Nadie lo ha oído ni visto. Y había seis hombres más en cubierta. Ahora están consternados y no se atreven a mirarme a los ojos. Estos accidentes pueden ocurrir, por supuesto, ellos lo saben. Yo lo sé. Pero aunque nos lo repetimos los unos a los otros con la insistencia extraña de quien trata de animarse y no sabe cómo, nos sentimos responsables. Lothoron no iba sujeto a cabo alguno. A pesar de la oscuridad no se presagiaba peor viento ni olas más gruesas. Ni han hecho falta. Sencillamente él no está y muchos vimos cómo subía a cubierta y comenzaba su guardia. Después no lo vimos más. Desaparecido. Pensar en lo más probable, en que la mar se lo ha tragado, en que un resbalón o el golpe de una ola en mal momento lo hayan tirado al agua... El frío, el frío y no la mar se lo ha llevado. Y este viento que no permite oír nada, ni sus gritos, ni su caída.

17 de gwaeron de 1975

Pronto hará un mes de nuestra partida. Así quería seguir, pero me han interrumpido. Alguien ha creído ver luces. Nos hemos acercado pero no hemos visto nada; todos nosotros en cubierta, mirando por la borda, pues no hay nadie que aguante en la cofa más de unos minutos. Si alguien permanece en ella aparece un sueño extraño, amenazante, que no nos gusta pues presagia un mal definitivo para quien cierre los ojos. Así que las guardias se mantienen en cubierta. Y, aún así, alguien ha creído ver luces. Pero no hemos visto nada, insisto. Nos hemos puesto nerviosos y tocado las campanas, encendido todos los faroles, gritado, y hecho sonar los cuernos... Solo la penumbra invernal ha sido la respuesta recibida. Después, nadie ha sabido decir quién había dado la alarma. ¿Acaso importa?

18 de gwaeron de 1975

Luces, en efecto. Y ya pasábamos de largo de esa zona. Luces en algo que podría ser el horizonte, tierra adentro, y también en la misma playa. No podemos precisarlo. Describir la alegría sería en vano: ahora sí que hemos gritado, y hasta bailado. He tratado de controlar el

entusiasmo, pues nada nos dice por el momento qué gentes hemos encontrado. Pero ha sido inútil; yo mismo estaba eufórico y nadie parecía entender lo que trataba de explicar a mis compañeros. Sólo reían y reían, y querían hacer música. Nos hemos aproximado a tierra con cuidado. Buscamos una de las pequeñas playas de piedras oscuras, con poco hielo, buena para echar las anclas y botar el esquife. El barco escora y se bambolea, ora a babor ora a estribor. No va a ser fácil la maniobra y el entusiasmo nos puede estar volviendo imprudentes. Hemos arriado velas y sacado los remos. Dar órdenes tajantes en estos momentos es doloroso, pues mi corazón ansía noticias y querría estar ya dirigiéndose hacia las luces, hacia el fuego de nuestros hallados, sean quienes sean.

19 de gwaeron de 1975

Por fin una pequeña cala. Hemos reforzado con más peso las anclas y asegurado otras dos serviolas improvisadas por proa y otras dos por popa. Ha costado horas de esfuerzo y las amarras hieren las manos con el salitre y el hielo. Estamos amurados a estribor, por el momento. Además, hemos clavado dos estacas de gran tamaño en la tierra, que ha habido que picar para el proceso, pues el hielo no permitía hendir en ella madera alguna. Finalmente estamos seguros, y nos hemos preparado para desembarcar. Las luces parpadean en la lejanía, quién sabe si por efecto del viento oscurecido que nos rodea o por otras causas. Siete de los nuestros permanecerán en el barco, pues no es seguro dejarlo al descuido en esta costa inhóspita. Los demás hemos tomado nuestras armas y equipos y hemos caminado con dificultades por una especie de estepa glacial, tan cubierta de hielo que no se puede decir si debajo de este hay tierra o la misma mar extiende sus gélidas aguas. El viento ha continuado rugiendo durante el trayecto. Al poco de comenzar la marcha las lejanas luces que eran nuestra guía se han extinguido, lo que nos ha inquietado en extremo. Pero hemos continuado hacia donde hemos creído que estaban situadas. El no poder precisar las distancias es otro motivo de desconfianza. Después de un tiempo impreciso, quizá algunas horas, nos hemos comenzado a sentir observados, pero es cosa inverosímil con este tiempo y esta oscuridad nefasta. He errado por completo en mi apreciación anterior puesto que, levantado como del blanco suelo, y vestido con pieles de animales, ha surgido ante nosotros una veintena de hombres. Tienen la tez oscura y los ojos rasgados, pero no hay malicia en sus miradas; antes miedo y asombro. Hemos tratado de hablar con ellos, pero no hemos logrado más que algún entendimiento superficial. Su lengua es rápida y, aunque al principio ha sonado confusa a nuestros oídos, parece estar dotada de una extraña concreción para lo que es importante entre estas nieves. Tras un poco de esfuerzo y gracias a algunas señas hemos podido entendernos. Parecen esperar a alguien, tal vez su jefe, y muestran tanta ansiedad por hacerse entender como nosotros por preguntarles por Arvedui y los demás posibles supervivientes.

20 de gwaeron de 1975

Llevamos un día, creo, esperando entre estas gentes. Hemos establecido un pequeño campamento y los Lossoth han construido casas cortando hielo en forma de ladrillos, que después sellan con agua sacada de agujeros, pues saben perforar allí donde lo que oculta el hielo es el mar, y no las rocas. Una vez sellada, la casa resiste el viento y dentro no hace tanto frío. Ahora soy consciente de hasta qué punto este ulular continuo se había metido en mi cabeza y de lo que traspasaba nuestras ropas el continuo golpear de los elementos furiosos.

Los Lossoth comen, en efecto, carne de foca, muchas veces cruda, y observo que algunas de sus ropas están hechas con una piel muy blanca. He tratado de saber a qué animal pertenece, pero la comprensión entre nosotros es muy limitada. Me parece entender, por sus señas, que no solo esperan la llegada de su jefe, sino también de alguien a quien nombran con respeto, como si lo ocultaran. Pensar que puede tratarse de Arvedui me estimula, y saldría a caminar en círculos alrededor del campamento para calmarme si no fuera porque nuestros anfitriones parecen desaconsejarlo con gestos de temor en cuanto me dirijo a la puerta, tapada con pieles curtidas. De todas formas, ellos mismos montan guardia por turnos. Repentinamente, uno de los Lossoth ha entrado en la casa de hielo y ha dicho algo sin aparente excitación. Hemos salido y hemos visto llegar una expedición tal que algunos no podrían concebirla a pesar de que se les describiera. Se trata de trineos, pero del tamaño de carros, tirados por perros que parecen lobos; han llegado hasta nosotros deslizándose sobre el hielo con ligereza. De ellos han bajado algunas decenas de Lossoth, que parecen acostumbrados a viajar, dos o tres, e incluso cuatro, en cada uno de estos trineos. Están armados con arpones y sus gestos son graves. Pero ha llegado el momento de la alegría, ya que entre las gentes que acaban de llegar se encontraba el propio Arvedui, a quien no había reconocido al principio, pues él y sus hombres visten como Lossoth y todos llevamos el rostro cubierto para protegernos del frío. Pero él ha avanzado hacia mí y me ha saludado en la antigua lengua y ha descubierto su rostro, que guarda los rasgos de su noble estirpe incluso ahora, macilento tras los padecimientos de tantos meses. Ambos hemos tratado de retener la emoción, pero no hemos podido. Nuestra alegría es grande, pero en él ha parecido resurgir, además, la esperanza, y un fuego de júbilo ha brillado un momento en sus ojos cansados. Finalmente me ha concedido un abrazo, y mi expedición y sus hombres se hubieran mezclado hablando y mostrando lágrimas de regocijo si no lo hubiera impedido el mismo Rey, que, con gesto de autoridad y mostrando tan gran respeto que se diría que estaba a punto de llegar su propio padre, Araphant, ha presentado al jefe de los Lossoth, cuyo nombre no he logrado entender pero que transcribo aquí como Lossanarth, puesto que así me ha parecido que sonaba. Se trata de un hombre corpulento, pero no alto. Me ha sido difícil precisar su edad, pero parece pasar de los cuarenta años. Tiene el rostro adusto, como tallado. Sus ojos oscuros denotan una extraordinaria inteligencia. Habla más pausado que sus hombres, y es capaz de hacerlo en varias lenguas, puesto que me ha saludado repitiendo las palabras de Arvedui. El propio monarca me ha explicado que, en algunas semanas, este hombre extraordinario ha sido capaz de aprender de él buena parte de nuestra lengua. Ha confesado a continuación que él no ha sido capaz de tanto mérito, puesto que en el mismo tiempo, aunque ha logrado entender muchas cosas del idioma de estas personas, no es capaz de hablar como hablan ellos. Indica, además, que este idioma es difícil y contiene conceptos asombrosos sobre el clima y abunda en términos útiles para la supervivencia en estas tierras que no tienen equivalencia en ninguna lengua que él conociera. Pueden, por lo visto, nombrar muchas formas de nieve, según su consistencia, lo que presagie o la estación en la que se produzca la nevada. El respeto que muestra Arvedui hacia este hombre, y el saber que le ha salvado la vida al acogerle tras el duro trance del que escapaba, han tenido en mí el mismo efecto. Me he inclinado ante el jefe de los Lossoth como si me encontrara ante un rey, y no ha sido difícil, puesto que hay algo de sabio en él y no me extraña que sea el líder de su pueblo. Después hemos entrado en una de las casas de hielo, que estaba ya cubierta con pieles y donde, para mi asombro, se ha encendido un pequeño fuego. Han traído pescado seco y unas tiras de carne muy salada y grasa.

"Nuestros exploradores vieron llegar hace días el gran pájaro de los mares, y hemos recorrido mucha distancia hasta aquí para este encuentro", ha dicho Lossanarth con extraño acento, "pero algunos de los nuestros se resistían a acercarse, puesto que nunca habíamos visto una criatura como la que se encuentra en el agua, y las viejas historias nada dicen de esto hasta donde llega nuestra memoria". Y ha continuado luego: "Algo en mi alma se agita, y un nuevo miedo acompaña tu gran pájaro. No partáis en él, es mi consejo". No hemos sabido qué responderle, salvo que debemos partir cuanto antes, pues mucha gente depende del regreso de estos supervivientes. Y así pasamos la noche, hablando, y pensando en el paso de las horas que nos separan del momento de zarpar.

21 de gwaeron de 1975

Hoy nos hemos acercado al barco. Los Lossoth ya no desconfían, pero se muestran inquietos. Hablan entre sí palabras que no entiendo, pero que transmiten temor, y lanzan furtivas miradas a nuestra nave, como si se tratara de algo vivo y amenazante. Arvedui y los suyos se han comenzado a despedir, con grandes muestras de agradecimiento. Su jefe, a quien podría llamar rey si su pueblo estuviera menos menguado por la dureza de sus tierras y por el acoso constante de la sombra del este, se esfuerza en hacernos desistir de nuestra partida. "No montes ese monstruo del mar", ha dicho con voz grave. "Que los marineros nos traigan alimentos si los tienen, y otras cosas que necesitamos, y podrás quedarte aquí hasta que el Rey Brujo vuelva a casa. Porque en verano pierde poder; pero ahora su aliento es mortal y muy largo su brazo frío". Pero Arvedui quiere partir cuanto antes. Añora a sus hijos; cada minuto aquí escondido es para él una derrota, y no duda de que cualquier retraso puede traer nuevas desgracias a lo que queda de su pueblo. Yo comparto su sentimiento, y mi corazón anhela volver a las aguas cálidas y abandonar este infierno, atracar en los Puertos Grises llevando la alegría a las gentes y a las familias de mis acompañantes.

Poco a poco todos han ido subiendo al barco con el bote. La mar está picada, y el viento, insistente, nunca se ha ido. Pero es posible embarcar y partir, puesto que el hielo llega ahora más cerca de la *Earilma* que cuando desembarcamos, y ese, como ya he escrito, es otro de mis temores. Arvedui ha sido el último en subir, puesto que quería despedirse especialmente de Lossanarth, a quien trata como un hermano. Ante mi nuevo asombro le ha entregado su anillo, diciéndole que lo guarde, ya que es símbolo del amor que se profesa a su casa, hasta el punto de que podrá pedir por él el rescate que desee. Después ha subido al bote y mis marineros le han ayudado a trepar a bordo, pues no se separaba del bulto de su equipaje, mal cosido y gastado por el uso.

22 de gwaeron de 1975

He cedido mi cámara al Rey y me he trasladado a la de los pilotos. La salida de la bahía va a ser difícil. El viento está levantándose aún más y la mar se encrespa por momentos. Todo lo que antes venía del este y del norte ahora llega del oeste y el sur. Grandes bloques de hielo crujen y se desprenden de los glaciares cercanos cayendo al agua; un hecho extraordinario, ya que estos bloques, por lo que cuentan, se desprenden con el calor del verano, y nunca con este largo invierno que llega hasta el final de gwaeron. He dirigido la maniobra y dado las últimas indicaciones. Trataré de salir a remo, solo con la mayor y tomados rizos. Iremos más despacio pero más seguros. Ahora toda la tripulación está en cubierta, en sus puestos, y

algunos portan bicheros, tratando de localizar y de apartar los hielos flotantes. Muchos de estos son tan planos que sospecho se podría permanecer de pie en ellos. Pero ahora son amenazas, no curiosidades, y como tal deben ser tratados.

23 de gwaeron de 1975

No veo la salida de la bahía y el temporal arrecia. Gruesas nubes negras llegan desde el norte, contradiciendo la dirección del viento en contra que padecemos aquí, en la superficie del mar, tan lejos del cielo. Viajan rápido y no me gusta el aspecto que tienen. A nadie parece gustarle, ya que cada miembro de la tripulación que las mira unos segundos me mira a mí a continuación, como si yo pudiera hacer algo contra ellas, o como si mis decisiones fueran a influir en los elementos. Creo que, en nuestro interior, muchos estamos rezando.

El barco se escora a pesar de las precauciones y el hielo parece cada vez más compacto, más denso. A veces chocamos con tanta violencia contra uno de estos trozos de hielo que nos detenemos, y todos debemos sujetarnos donde podamos para no caer sobre cubierta, o peor, al agua mortal.

24 de gwaeron de 1975

Desde ayer Arvedui no sale de la cámara, así que he decidido ir a verle. He llamado a la puerta, pero solo he obtenido silencio. A pesar de lo incorrecto de mi acción he decidido entrar sin permiso expreso, pues este rey es la más preciada carga y el objeto de nuestra misión, y me siento obligado a saber de su estado y a informarle de nuestras dificultades. Al entrar en la cámara me he encontrado con una escena inesperada. El Rey se encontraba sentado ante mi mesa, había deshecho el único paquete que era su equipaje sobre la misma y sostenía con sus manos, para evitar que rodara, una esfera de piedra oscura. Permanecía mirándola fijamente, como si pudiera ver en su interior algo que yo no podría percibir aunque quisiera. Han pasado unos instantes y ha levantado la vista, suspirando. Después, ha envuelto de nuevo el objeto con las telas y se ha dirigido a mí. "¿Sabes que es esto?", ha preguntado con una serenidad propia de las ensoñaciones confusas, pues yo parecía oír su voz en mi cabeza. "No, mi señor", he respondido. "Esta es la piedra vidente de Annúminas, una de las dos que custodio. Y ha sido mi deber, y es deber de todo hombre, tratar de que no caigan en manos de nuestro enemigo". Y yo no he sabido qué decir, pues me parecía que por un momento deliraba. "Jura", ha continuado repentinamente, "que no permitirás que lleguen a otras manos que no sean las de los justos de entre nosotros, pues sería de gran peligro para todos si el Rey Brujo se hiciera con ellas. Antes sería mejor que el océano se las tragara". Y el oír esto me ha parecido de mal presagio, pero he respondido: "Juro que las arrojaré al mar antes que permitir que lleguen a nuestros enemigos". Y entonces Arvedui ha sonreído, como si despertara de un largo sueño. Ha parecido serenarse y ha preguntado por el rumbo. "No lo sé, mi señor, pues ninguna señal de dónde estamos aparece a nuestro alrededor, y el viento y las corrientes se hacen más fuertes por momentos, de manera que hemos podido derivar muy lejos de nuestra ruta". Entonces el Rey ha comenzado a abrigarse, y ha salido para ayudar con los bicheros, y ha dado ánimos a quienes se acercaba, de manera que nos hemos alegrado y hemos empujado con más fuerza nuestros obstáculos flotantes; de seguir así, confío en poder salir pronto de Forochel.

25 de gwaeron de 1975

Hoy, al comenzar a escribir esta página del diario de a bordo, la tormenta que nos seguía nos ha alcanzado y ha estallado sobre nosotros. Estas son, pues, las últimas líneas apresuradas antes de que salga a cubierta para ayudar a mis hombres y tratar de conducirlos con bien dentro del horror que se ha desatado. La noche parece perpetua, y ya sí que no podríamos distinguir el día de la oscuridad tras el ocaso. Me ha parecido ver algunos rayos a lo lejos, cosa pocas veces oída en este tipo de temporales, en esta latitud, y en este imposible invierno. Los hielos nos circundan, nos rodean más apretados que nunca, estallando al chocar entre sí, y golpeando el casco de tal forma que hemos comenzado a hacer agua y nos vemos obligados a achicarla, pues se filtra entre el maltratado tablazón. Estas puede que sean mis últimas palabras escritas, pues se acaba de oír un gran crujido, como un lamento, un estertor angustioso, y la *Earilma* escora a estribor peligrosamente. Debo salir a cubierta. Eru nos ampare...

*"[...] por la noche el hielo quebró el casco y el barco se fue a pique. Así pereció Arvedui, el Último Rey, y junto con él quedaron sepultadas en la mar las palantíri. Transcurrió mucho tiempo antes de que los Hombres de las Nieves tuvieran noticia del naufragio de Forochel."*

El Señor de los Anillos. Apéndices.